

Entre líneas VOLKENING

FRANCIA ELENA
GOENAGA OLIVARES

En sus *Diarios*, Ernesto Volkening (Amberes, 1908-Bogotá, 1983) registra su lucha contra el tedio, que lo asedia continuamente hasta el momento en que la niebla de la carrera séptima con calle trece lo envuelve y le devuelve la seguridad de lo ya conocido, su Amberes natal. Es una identidad proustiana, involuntaria, la que lo hará quedarse en Bogotá hasta su muerte.

Es el año de 1934, el mismo año de la muerte del padre, como lo registra en su diario; y como Juan Preciado en *Pedro Páramo*, Ernesto debe morir en estas tierras para encontrarlo. La búsqueda del padre es el mito que lo anima a atravesar el océano, como lo dice Óscar Torres (2012). Desde que llega se rodea de los intelectuales activos en ese momento en Colombia: personajes como Hernando Valencia Goelkel, Hernando Téllez, Álvaro Mutis y Nicolás Gómez Dávila, entre otros, hacen parte de ese selecto grupo.

En el año de 1973 conoce a Gómez Dávila y, como muestra de inmediata empatía y simpatía, “don Colacho” le regala siete tomos mecanoscritos de *Escolios a un texto implícito*, que posteriormente serán publicados por Colcultura en el año 1977, en dos tomos. Es exactamente el miércoles 23 de mayo de 1973 cuando recibe los ejemplares de Gómez Dávila, y que Ernesto llama

“modestamente titulados [...] porque ya sé que el ‘texto implícito’ representa la vida misma del autor, su quintaesencia, el fruto de varios decenios de intensa actividad espiritual”. Queda claramente expuesto el tipo de formación de Volkening, inscrita en la aventura espiritual que define la cultura de Occidente alemana, de lo que da cuenta la revista *Eco*, dirigida por él en los años 1971 y 1972: la vida es lo dado como experiencia y como logos, “quintaesencia”, fruto de la fatiga de la labor continua del lector, traductor, escritor; en síntesis, como él mismo lo dirá en esta carta: “Si algún don de la naturaleza acaso descuelle entre mis modestas facultades, es el olfato para lo bueno y exquisito en *artibus et litteris*”.

De ese olfato queremos hablar hoy aquí: apartado el ruido de toda moda, de las noticias que llegan y van, si aún logramos oír nuestro instinto, ese mismo que lleva al hombre a buscar lo infinito, como dirá Charles Baudelaire, aclarando de una vez por todas que en el instinto intervienen no solamente órganos de la percepción sino también de la inteligencia, del espíritu, como dirán los alemanes, el encuentro cortés de estos dos hombres avivó un interés legítimo y compartido en temas y obras que conforman el acervo de Occidente. Basta leer los cinco cuadernos rayados de editorial Norma, en donde Volkening registra sus comentarios, sus glosas a los escolios de Nicolás Gómez Dávila, para asistir no solamente a una biblioteca compartida (los poetas del primer romanticismo alemán, por ejemplo), sino lo que es fundamental en el entendimiento con el otro, nuestras aversiones (como dirá bien Gómez Dávila en sus escolios). Las huellas de las emociones más puras están registradas línea tras línea en estos cuadernos, una de alegría por ejemplo: “me tragaría este papelito para no olvidarlo”, o el aviso de una ausencia prolongada por falta de ánimo para escribir. Veamos cuatro ejemplos, en donde se dan cita la ironía, el humor, el español coloquial y la referencia erudita:

– No hay cadáver ilustre que un cretino, en algún momento, no desdeñe.

= (margen derecho, donde aparecen los comentarios de Ernesto Volkening) Recretino nó: el vergajo!

– [...] Lo que más seguramente amenaza al mundo no es la violencia de muchedumbres famélicas, sino el hartazgo de masas tediosas.

= Enrique Heine: hay dos clases de ratas, las hambrientas y las hartas.

– ¿Quién es más que el miserable lugar de una epifanía?

= Sublime alusión a lo que en nosotros nos trasciende. Pero, ¿qué sucede? Alérgase un dios en nuestro cadáver viviente, y vuelve a abandonarlo. Y nosotros sin darnos cuenta!

– ¿Morará mi corazón eternamente bajo la sombra de la viña, cerca de la tosca mesa, frente al esplendor del mar?

= Esta pregunta que es de las que no tienen respuesta encierra más poesía que centenares de poemas que he leído: la poesía originaria del más noble de todos los males incurables del alma: la nostalgia. Y la nostalgia, ¿qué es sino un estar lúcidamente, dolorosamente consciente de que el tiempo perdido no se recupera. Nunca volverá a tenderse el corazón bajo la sombra de la viña, sentarse a la tosca mesa, husmear la brisa salubre de antaño.

Descubro en los ‘Escolios’ a veces un arma secreta: subterránea correspondencia entre los aforismos separados por docenas de páginas.

La alusión a la “subterránea correspondencia” es una muy buena interpretación porque, aunque la totalidad referida por el fragmento no corresponde a la unidad del símbolo, sí hay un fondo continuo, caótico y oscuro, propio de la alegoría, como dice Gordon Teskey (1994) a propósito de Baudelaire. Cada escolio es un caso del todo, que se erige ante el lector como “un arma secreta”.

Admirado y querido don Nicolás:

Perdóneme la familiaridad del sacabuzamiento que no se debe, por cierto, a falta de respeto ni a paternos arranques de camaradería, sino sencillamente al haberme sentido muy cerca de usted mientras lo acompañaba tan largo trecho a través de los siete tomos de sus *Escolios*.

Ahora, cuando ya toca a su fin el hermoso viaje que me fue permitido hacer en su compañía, me pregunto, ¿qué pueda decirle para traducir en términos sencillos, justos y adecuados mi íntima concepción de haber leído un opus magnum, una obra de la cual no sé qué admirar más: la entereza moral, la noble intransigencia, la profundidad del inmenso riquiza de las ideas o la disformidad latina en el modo de expresarlas.

Estando todavía en esta duda, leo el escolio final de factura romana, tuviera al "si fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae", y encuentro que reflejan estas palabras mucho mejor que mis balbuceos lo que pienso del fruto de sus desvelos y solitudes. Bien sé que usted no está muy seguro de mi verdadero concepto y sigue preguntándose si sus aforismos realmente se distinguen por las cualidades que les atribuyo.

Solo puedo repetirle que cuanto he dicho y digo es fiel trasunto de mi pensamiento, como por sí sola ha de indicárselo la franqueza - rازana en impetuosidad, lo sé y lo lamento expressis verbis - con que en raras ocasiones le he llevado la contraria. Permitame, empero, hacer al respecto una última observación que quizás suene no poco presuntuosa, mas al fin y al cabo, "nur die dumpe sind bescheiden" (Goethe):

Si algún don de la naturaleza acaso disciende entre mis modestas facultades, es el olfato para lo bueno y exquisito in artibus et litteris. En este instante que raras veces me abandona debo apoyarme cuando le aseguro que un libro de tal trascendencia no se volverá a escribir en este siglo, ni agüende ni allende el océano.

Finalmente de que se me olvide lo principal: ¡Gracias por haber salido tan gallardamente por nuestros fueros!

Su admirador y leal amigo.

Ernesto Volkening

Bogotá, 22 de octubre de 1973,

así en que termino la lectura de los siete tomos de *Escolios a un texto implícito*.

En el año de 1973 conoce a Gómez Dávila y, como muestra de inmediata empatía y simpatía, "don Colacho" le regala siete tomos mecanoscritos de *Escolios a un texto implícito* que posteriormente serán publicados por Colcultura en el año 1977, en dos tomos.

Al final de la carta, aclara: “En este instinto que raras veces me abandona debo apoyarme cuando le aseguro que un libro de tal trascendencia no se volverá a escribir en este siglo, ni aquende ni allende el océano”; y para que la pasión del lector no quede en segundo plano, dirá: “Y antes de que se me olvide lo principal: ¡gracias por haber salido tan gallardamente por nuestros fueros!, su admirador y leal amigo, Ernesto Volkening. Bogotá, 22 de octubre de 1973, día en que terminé la lectura de los siete tomos de *Escolios a un texto implícito*”.

Cinco meses pasó Volkening en compañía de los siete tomos de Nicolás Gómez Dávila. En la carta final (que anexamos) se disculpa con su interlocutor por tanta familiaridad, justificada por la travesía del viaje que exige toda lectura. Hay tanta intimidad en este acto cotidiano. Este gesto habla de la personalidad de Ernesto Volkening, cuya relación con el escoliasta bogotano siempre estuvo marcada por un excesivo respeto. También indica la manera cómo leemos, pues nadie lee igual a otro, la larga iconografía de lectoras y lectores así lo demuestra (pienso, por ejemplo, en el lector infrecuente de Georges Steiner) y, para subrayarlo, cito el comienzo de su carta:

Admirado y querido don Nicolás:

Perdóneme la familiaridad del encabezamiento que no se debe, por cierto, a falta de respeto ni a palurdos arranques de camaradería, sino sencillamente al haberme sentido muy cerca de usted mientras lo acompañaba tan largo trecho a través de los siete tomos de sus Escolios.

Ahora, cuando ya toca su fin el hermoso viaje que me fue permitido hacer en su compañía, me pregunto, qué pueda decirle para traducir en términos sinceros, justos y adecuados mi íntima convicción de haber leído un *opus magnum*, una obra de la cual no sé qué admirar más: la entrega moral, la noble intransigencia, la profundidad e inmensa riqueza de las ideas o la diafanidad latina en el modo de expresarlas.



Este gesto habla de la personalidad de Ernesto Volkening, cuya relación con el escoliasta bogotano siempre estuvo marcada por un excesivo respeto.

La gradación propuesta es exacta para valorar la obra de Gómez Dávila: el ámbito moral, la aristocracia del espíritu, la profundidad de la idea y el rico plano de la expresión. Enumeraciones que corresponderán más adelante al “Reaccionario auténtico” (1995). Y aunque la duda de la calidad de los escolios asalta a su autor, el lector generoso que es Ernesto Volkening le asegurará un futuro en el mundo de las artes. ■

Francia Elena Goenaga Olivares (Colombia)
Profesora del Departamento de Literatura de la Universidad de los Andes, especialmente de las cátedras de poesía, además de los seminarios en la Maestría de literatura sobre los moralistas franceses del siglo XVII y Nicolás Gómez Dávila.

Bibliografía

- Gómez Dávila, Nicolás (1995). “El reaccionario auténtico”. Medellín: *Revista Universidad de Antioquia*, 240 (abril-junio), pp. 16-19.
- Teskey, Gordon (1994). “Irony, Allegory, and Metaphysical Decay”. *PMLA*, 109 (13) (mayo), pp. 397-408.
- Torres, Óscar (2012). “Ernesto Volkening y la revista *Eco*: algunas consideraciones trasatlánticas”. En: *Poéticas de la traducción*. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes, pp. 139-158.
- Volkening, Ernesto. Mss 3243, 5 cuadernos.